

# De la biopolítica a la guerra y hacia la reproducción social: ¿un desplazamiento feminista?

por **Verónica Gago** | CONICET/UNSAM | [verogago76@gmail.com](mailto:verogago76@gmail.com)

Mucho se ha escrito sobre los modos en que el neoliberalismo se ha dedicado exitosamente a modular las subjetividades, a hacerlas proclives e incluso serviles hacia los mandatos de valorización del capital. Eso no sería posible sin las derrotas acontecidas en los años 70, por lo cual el triunfo neoliberal logra presentarse como garantía de la anulación del conflicto, exhibiendo los brillos del consenso y la concertación. En esa secuencia, la noción de Michel Foucault de biopolítica se volvió clave de uso para explicar una interiorización del gobierno de sí, apto para las fórmulas de la precariedad en ascenso. El ejercicio del poder individualizado de la biopolítica a su vez registra ese doblez tan importante para el filósofo francés: el trabajo sobre unx mismx es simultáneo al gobierno de las afecciones a nivel de la población. Con estas maniobras, la biopolítica parecía poner distancia a la muerte -y a la violencia represiva más en general- para concentrarse en hacer rendir la productividad del poder a cielo abierto. Como sabemos, con las síntesis del “hacer vivir y dejar morir” que Foucault utilizó para caracterizar la biopolítica se abre todo un abanico de técnicas y mecanismos que ponen el foco en la optimización de lo vital mismo. La rudeza de la censura y la prohibición parecen ceder a la destreza de la regulación e incluso la excitación de ciertas conductas.

Un contrapunto que hizo sentido rápidamente surgió de la teorización de Achille Mbembe dedicada a la *necropolítica*, capaz de dar cuenta de cómo esa regla biopolítica no es universal. Sobre todo, de recordar que el “hacer morir” como tecnología de gobierno seguía vigente si

nos salimos de la perspectiva eurocentrada. Un vector geopolítico reparte, una vez más, políticas de la vida y políticas de la muerte.

Foucault de modo previo a sus análisis sobre el neoliberalismo se había dedicado a enfatizar la guerra como sonido y filigrana detrás de todo orden. La guerra podía leerse, argumentaba, como el «punto de máxima tensión de las relaciones de fuerza», pero de modo más extendido como una trama «de cuerpos, de casos y de pasiones». Sobre esa trama se monta una «racionalidad» que quiere apaciguarla. De hecho, podemos pensar que la biopolítica se parece a ese intento de apaciguamiento, de poner la violencia en sordina al punto de hacer de la biopolítica una torsión, casi una metamorfosis, en la inteligibilidad del poder.

La biopolítica queda eclipsada en la cuestión de la gubernamentalidad y, en ese sentido, conectada a formas de gobierno que parecen no necesitar de la violencia directa.

Desde nuestro continente emergen evidencias para alterar esa secuencia en su linealidad. Una y otra vez se demuestra que la violencia nunca ha sido del todo conjurada en nombre del capital humano, que la explotación no dejó de escucharse detrás de los dispositivos de control y que el saqueo de bienes y tierras no se detuvo aun si prosperaba la inmaterialización del trabajo. No es que en otros lados no haya pasado este tipo de combinaciones. Pero desde América Latina podemos traer dos elementos que obligan a completar a Foucault. Por un lado, porque en muchos de nuestros países el origen del neoliberalismo fue impuesto por

las dictaduras militares y sustentado a través de formas de represión estatal y paraestatal contra proyectos emancipatorios. Es decir: la dimensión de la violencia directa no ha sido nunca ajena al neoliberalismo en su efectiva existencia ni en los debates doctrinarios vernáculos. Más bien lo contrario: es constitutiva de modo explícito y sistemático. Por otro lado, las formas de revueltas anti-neoliberales en las décadas siguientes puntualizan los modos en que la gubernamentalidad neoliberal es confrontada y arruinada. Esto abre a experiencias que desacatan y escapan a la repartición de subjetivaciones habilitadas por el neoliberalismo: se es víctima o se es empresarix de sí.

En este sentido, libertad y violencia, como vemos, en vez de reemplazarse van de la mano. Dicho de otro modo: libertad de mercado y guerra contra ciertos sectores de la población no son incongruentes ni menos aún excluyentes. Aquí brilla una formulación marxiana -retomada especialmente por el gran jurista Eugene Pashukanis- que no deja de ser relevante: lo propio del sistema capitalista es producir la distinción entre economía y política como esferas separadas, porque es sólo así que las relaciones violentas de apropiación (de tierras y de fuerza de trabajo) quedan enclaustradas en la "libertad" del mercado laboral donde no hace falta ocultar las asimetrías (propietarios y no propietarios), por un lado. Por otro lado, la libertad ciudadana del reino civil puede sustentarse en una igualdad de derechos, como igualdad formal sin violencia. Esta distinción se reitera fractalmente iluminando las zonas ocultas de ese binarismo entre economía y política: solo porque hay división sexual y geopolítica del trabajo en el capitalismo, hay una distinción entre civilización y barbarie, colonia y metrópoli, cuerpos con derechos y otros apropiables gratuitamente. La escena de la acumulación originaria que triangula Europa, América y África como repetición recurrente, dirá Silvia Federici. Una economía-mundo transatlántica que hoy también se lee, según Jason Moore, como "ecología-mundo" para escalar la apropiación de recursos y trabajo.

Aun así, los análisis sobre el neoliberalismo que han enfatizado su modo de gobierno a través de la norma y el control en cierta medida parecen postular una noción de biopolítica que pretender haberse sacado de encima, aunque sea por un rato, la violencia directa. Quisiera argumentar que, respondiendo a una urgencia política, la noción de guerra ha sido repuesta en el centro del análisis por la perspectiva feminista, habilitando una caracterización de la violencia contemporánea de modo sistémico. Volver a traer la guerra para hablar de desapariciones (ver el trabajo de Dawn Paley por ejemplo), ubicar los "marcos de guerra" y el "campo de guerra" (para citar los ensayos de Judith Butler y Sergio González Rodríguez) en otras coordenadas y arrastrar esa lengua a la comprensión a los femicidios, da entidad a formas de la violencia que no "cualificaban" para el concepto de guerra por ser una y otra vez subalternizadas.

Por esto, quisiera, además, subrayar que ese análisis, en particular sobre las violencias femicidas como individualización de la guerra, tiene dos características fundamentales: 1) traslada la noción de guerra a otra gramática de conflictividad y 2) renueva la necesidad de una teoría de la violencia que no sea desmovilizante ni victimizante.

### La conexión entre las violencias

María Mies evidencia que el proceso de ocultamiento de ciertas violencias está a la base de que el patriarcado y el colonialismo sean los predicados invisibilizados y constitutivos del capitalismo. En todo caso, la pregunta de la teórica alemana es por qué la dimensión colonial y patriarcal necesitan ser la parte invisibilizada del régimen capitalista y cuáles son los procedimientos para mantenerlas en ese estado. En su argumento, el proceso de "domesticación" refiere a la producción histórica de colonias externas e internas al capital, que permite un trazado de fronteras que distingue zonas para la aplicación de violencias diferenciales, para la marcación de los cuerpos como humanos y no humanos y, por tanto, para su "libre" apropiación. En otra clave, Denise Ferreira Da Silva denuncia

la “separabilidad” moderna occidental que quiere disimular la “violencia total” requerida para la apropiación de tierras y cuerpos racializados.

Contra esos procedimientos de aislamiento y segmentación, las movilizaciones y las huelgas feministas han contribuido a una nueva comprensión de la violencia: abrir el tabique de la violencia doméstica para conectarla con la violencia económica, laboral, institucional, policial, racista y colonial. De este modo se pone en evidencia, de manera práctica, la relación orgánica de la violencia machista y racista con la actual forma de acumulación de capital. De establecer y difundir esta comprensión concreta proviene el carácter anticapitalista, anticolonial y antipatriarcal de las iniciativas feministas en su momento de masificación. La perspectiva feminista agrega una visibilización de cierto tipo de violencias y en esa visibilización las redefine. Por eso, para lograrlo hace otra cosa: no limitarse a su descripción, sino que disputa su narración para alterar lo que entendemos por violencia en general. Es decir: hay una disputa teórica conceptual que es sensible y es política.

Todo el debate sobre interseccionalidad puede entenderse como una forma de entrada a esa pregunta por la dimensión enjambrada, maquinica, de las violencias. Construir una perspectiva sistémica sobre su accionar incluye también mostrar la funcionalidad de sus “separaciones” y rejillas cognitivas. El revés de la trama de esta multiplicación categorial es un problema político: ¿cómo se hacen alianzas?, ¿en qué sentido esa distinción canaliza identidades e intereses como distintos y contrapuestos más que como intersectados y en coalición?

No se trata de determinar qué viene primero: si una conceptualización interseccional que permite las alianzas o las alianzas que desbloquean una comprensión no fragmentada. Más bien, cómo es la complicada textura política de las alianzas en las prácticas lo que permite confrontaciones simultáneas y articuladas que, en la medida que tienen potencia de actuar, liberan energía conceptual para la comprensión colectiva.

Dar cuenta de la pluralización de las violencias es estratégica: no se trata de un cúmulo o una lista, sino de desentrañar una forma concreta de conexión que produce inteligibilidad. Es algo mucho más denso que sumar: es un modo de cartografiar su simultaneidad y de especificar su interrelación. Esto se produce a partir del trabajo político de conectar los hogares estallados con las tierras arrasadas por el agronegocio, con las diferencias salariales y el trabajo doméstico invisibilizado; también de vincular la violencia del ajuste y la crisis con los modos en que se la enfrenta desde un protagonismo feminizado de las economías populares y relacionar todo esto con la explotación financiera por el endeudamiento público y privado; anudar las formas de disciplinamiento de las desobediencias a manos de la represión lisa y llana del Estado y la persecución de los movimientos migrantes, también con la manera en que se encarcela a las mujeres más pobres criminalizando economías de subsistencia y a las que practican el aborto con la impronta racista de cada una de estas violencias.

## Desplazamientos

La masividad y radicalidad del feminismo en estos años pueden también entenderse como la capacidad de leer una intensificación de las violencias y volverlas inteligibles.

Su lógica de conexión logra algo fundamental: sistematizar las violencias sin una analítica puramente abstracta. Las violencias contra el cuerpo de las mujeres y los cuerpos feminizados se leen desde una situación singular, el cuerpo de cada una y cada una, y desde ahí producen una comprensión de la violencia como fenómeno total. El cuerpo, como trayectoria y experiencia, se vuelve así vía de entrada, un modo concreto de localización, desde el cual se produce un punto de vista específico. Este modo arraigado de comprensión de las violencias habilita un cuestionamiento que es transversal a todos los espacios: de la familia al sindicato, de la escuela a los centros comunitarios, de lo que sucede en las fronteras a las calles. Pero lo hace dando a ese cuestionamiento un anclaje material, cercano, sensible. A la vez, la violencia no deja de mostrar

diferenciales que se expresan en cuerpos concretos. Incluso dicho de modo más directo: los feminismos esbozan una teoría de la violencia cuando el neoliberalismo parece alardear de sus modos más etéreos de control. Es por eso que, hipotetizo, la noción de guerra tiene repercusión en su debate político y anticipa lo que hoy se discute bajo la caracterización del neoliberalismo autoritario.

Es en este sentido que han tenido una importancia decisiva las contribuciones del pensamiento feminista al relocalizar la clave de la guerra para entender las violencias contemporáneas. Lo hicieron a partir de la conceptualización de una guerra contra las mujeres y, desde allí, proveen un marco para comprender las guerras de nuevo tipo, permitiendo leer también otras guerras. Reposicionar el término de la guerra para hablar del “estado de guerra permanente” contra ciertos cuerpos y ciertos territorios ha popularizado la tesis de Silvia Federici de hasta qué punto la devaluación de la vida y del trabajo impulsada por la fase de globalización contemporánea moldea una violencia neoliberal que no ha sido subsumida en dispositivos de pacificación subjetiva ni se entiende sólo en la clave de las sociedades de control. Las “nuevas formas de la guerra”, capaz de analizar la violencia contra el cuerpo de las mujeres y cuerpos disidentes con las economías del capital ilegal, como propone Rita Segato, renueva el léxico y también un pensamiento estratégico de una guerra que ya no es la de dos bandos claramente identificables en un único escenario de contienda. Raquel Gutiérrez Aguilar la ha caracterizado en relación a la agresión sistemática que se realiza contra las tramas de la reproducción comunitaria y comunal y su analogía con el ensañamiento hacia las mujeres y la naturaleza. En este sentido, también las maneras en que se vienen pensando las luchas anti-extractivistas como guerra de conquista de territorios, desplazamiento de poblaciones, asesinato de líderes y lideresas de los conflictos, es una vía de acumulación de esta narrativa que pone la perspectiva de la guerra en filigrana (ver al respecto los trabajos de Mina Navarro, entre otras).

Con esto quiero subrayar que las violencias neoliberales como parte de un pensamiento sobre la guerra han sido puestas sobre la mesa por un conjunto de debates feministas, alojados y escalados en la movilización de masas, que consideró las violencias por razones de género como una clave estructural de una guerra en curso, y una actualización de las variaciones acaecidas en la dinámica misma de lo que entendemos por guerra. Así, agregaría un eslabón que venimos investigando con Luci Cavallero: la guerra de las finanzas que se libra bajo la capilarización de la deuda en los hogares para la gestión del empobrecimiento, la cual tiene una articulación con el narcomenudeo y sus lógicas de violencia territorial y patriarcal. Aquí se evidencia cada vez más que el terreno de despliegue de la guerra es el de la reproducción social.

Este diagnóstico sobre las violencias produce una línea de demarcación, de (auto)defensa, de pregunta radical sobre las prácticas de justicia. A su vez, el corrimiento de la victimización como narrativa totalizadora evita su traducción en modalidades de puro duelo. Pero la otra alternativa fatal a la que se escapa es a la de la figura subjetiva del emprendedurismo como negación de las violencias estructurales y como vía de salida ante la falta de autonomía. La insistencia por producir figuras de subjetivación (trayectorias, formas de cooperación, modos de vida) que escapen del binarismo neoliberal que opone víctimas y empresarias de sí (incluso en el pseudolenguaje de género del “empoderamiento” emprendedor) es decisivo para reposicionar la cuestión de la violencia.

Estos desplazamientos tienen como efecto la desnormalización de la violencia, el corrimiento del límite de lo tolerable que es lo que está permanentemente en disputa. Pero también la renovación de las luchas exigidas de practicar simultáneamente una función crítica (de comprensión de lo que acontece) y una de clínica o terapéutica (de cuidados, de elaboración del dolor). Considero que ese “saldo” cognitivo y organizativo de las movilizaciones y las huelgas recientes es un acervo del movimiento feminista, que hoy se prolonga en formas de politización

de las luchas en la reproducción social, justo donde también se fortalece la metabolización “autoritaria” y “securitista”.

Aquí vale la pena remarcar que no hay desplazamiento conceptual por fuera de un tipo de relación de los análisis con los desplazamientos políticos. Cuando hablo de desplazamiento me refiero a una comprensión colectiva, capaz de afectar la experiencia cotidiana de la violencia y no solamente a un repertorio de categorías y a su análisis exhaustivo. Cada desplazamiento puede ser pensado como un “indicador táctico” si volvemos a Foucault: ahí por donde podemos observar líneas de fuerza que producen un desplazamiento y que alteran el campo de las relaciones de fuerza (no solo lo señalizan).

### La guerra en la reproducción social

La dinámica de reproducción social como terreno del trabajo no pago, obligatorio y asociado a mandatos de género deviene prisma para entender la *generalización* de condiciones de violencia y precariedad que intersectan jerarquías de raza, clase y género. Más que una forma secundaria o subsidiaria de explotación, las formas del trabajo reproductivo y la agresión sistemática de las condiciones de vida han devenido terreno directo de valorización del capital. Por eso, en cada uno de esos terrenos se despliega hoy un escenario de guerra en el sentido que venimos señalando: como espacio de apropiación directa y violencia sin mediaciones.

A su vez, en las condiciones de reproducción social podemos leer *directamente* un orden internacional. Lo más “pequeño” de la vida diaria responde también a lo estructural. Que se conecten de manera tan estratégica estas dos zonas -lo doméstico y lo global- nos lleva a leer también la dimensión de género (enjabrada en la reproducción social) y la dimensión colonial (estructurada en el modo imperial) como puntos clave que parecen haber sido temporariamente suturados por el patriarcado del salario y sus regímenes estatal-nacionales. Y que, hoy, sin embargo, se exhiben nuevamente imbricadas y como espacios de violencias estructurales.

Si en algún momento una serie de instituciones lograron cierta pacificación de esas instancias (patriarcado del salario, mandato materno, etc.), podemos hoy en cambio verlas como las zonas de la guerra cotidiana. La pelea concreta por los usos comunes y públicos de los bienes y servicios y la hiper precariedad de trabajo que requiere hoy la reproducción social la ha visibilizado como esfera estratégica sobre la que se monta el despojo del capital. También es la reproducción social la que permite leer una dinámica del neoliberalismo que ya no se ajusta sólo a lógicas de empresariedad de sí y su modulación subjetiva en términos adaptativos, sino a nuevas tendencias de violencia directa, reformulando en los territorios lógicas de guerra que el feminismo viene denunciando. Pero, simultáneamente, ¿no es la reproducción social un terreno predilecto de la biopolítica si la pensamos como máquina de segmentación e imposición de jerarquías sobre los modos de vida? ¿Cómo podríamos dar cuenta de esa dimensión biopolítica de la reproducción social no como una contienda disimulada y de difuminación de la violencia, sino como terreno de litigios y combates?

Las actividades de la reproducción social, exacerbadas en el momento pandémico como estado de alarma global, ponen una dimensión de inevitable presente a las luchas feministas, como plano estratégico de confrontación con el capital. Es lo que se hace necesario, aquí y ahora, para garantizar el flujo cotidiano del hacer. También es el plano de la reproducción donde hoy se dan las batallas sobre la propiedad, en particular para discutir, como lo han señalado las luchas feministas en América Latina, la propiedad de los medios de reproducción.

La centralidad política que ha logrado la reproducción social, la re-emergencia de esta “idea-fuerza”, no es sólo un debate académico y mucho menos técnico: refiere a características que han tomado las luchas feministas y anti-extractivas en estos años, con capacidad de hacer los diagnósticos más certeros sobre las formas de explotación, dominio y violencia del capitalismo contemporáneo.

Entonces, los planos de confrontación abiertos son legibles, en buena medida, por la dinámica feminista de politización de la esfera de la reproducción señalada como botín de guerra de la violencia neoliberal: ¿de quiénes son los servicios públicos, a quiénes les pertenece la producción de alimentos y medicamentos, de quiénes son las viviendas, qué amenazas contra el acceso a la educación están en marcha, de quiénes son las fortunas, qué deudas se están creando y qué reformas tributarias exige la crisis? Y además: ¿no veníamos discutiendo qué orden sexual trae aparejada la propiedad privada sobre los cuerpos y los territorios?

No se trata de plantear la reproducción como un ámbito preservado de la violencia, o de lo común como espacio incontaminado, sino casi lo opuesto: es allí donde hoy se enjambran máquinas predatorias que ensayan en ese ámbito virulentas operaciones extractivas del capital porque es ahí también donde prosperan políticas concretas de confrontación, de demarcación de límites y de organización feminista y comunitaria. De este modo, en el terreno de la reproducción social se inscriben tanto lógicas biopolíticas como dinámicas que confirman que la violencia es una fuerza productiva privilegiada e irremplazable. Se trata de una intensificación del neoliberalismo que se reorienta hacia la reproducción social y hacia la extracción y que, por eso mismo, acude a violencias de tipo “absoluto”; o sea: a la generalización de formas de la guerra. //